

DÍA 1. Oración de la tarde. Lunes 27

Las aguas que cuentan lo que somos



El bautismo de Jesús (Lc 3, 21-22)

*Sucedió que cuando todo el pueblo estaba bautizándose, bautizado también Jesús y puesto en oración, se abrió el cielo, y bajó sobre él el Espíritu Santo en forma corporal, como una paloma; y vino una voz del cielo:
- «Tú eres mi hijo; yo hoy te he engendrado.»*

SALMO 28 (adaptado):

La voz del Señor, como el agua,
penetra mansamente,
hasta el fondo del alma y la fecunda.

La voz del Señor, como el agua,
tormenta en el trópico apasionada,
tempestad del Espíritu,
que derriba y libera al mismo tiempo.

La palabra de Dios,
cántaro de agua fresca en el desierto,
sacia la sed del caminante fatigado,
manantial de agua viva en sus entrañas.

La palabra de Dios,
río caudaloso, navegable,
en el que puedes bañarte siete veces
y curarte;
es también mar inmenso,
en el que puedes sumergirte sin reparos
en busca de tesoros infinitos.

Todos los nacidos del agua y la palabra
entonad un himno de alabanza,
diciendo: ¡Gloria! ¡Gracias!



ORACIÓN:

Quiero decir tu nombre: “Jesús”,
cantar tu nombre,
gritar tu nombre,
proclamar tu nombre,
anunciar tu nombre,
aprender tu nombre,
susurrar tu nombre.

Quiero soñar tu nombre: “Maestro”,
querer tu nombre,
pedir tu nombre,
acoger tu nombre,
enseñar tu nombre,
regalar tu nombre,
compartir tu nombre.

Quiero escuchar tu nombre: “Salvador”,
ver tu nombre,
respirar tu nombre,
sentir tu nombre,
gustar tu nombre,
reír tu nombre,
besar tu nombre.

Quiero recrear tu nombre: “Mi Señor”,
adorar tu nombre,
confesar tu nombre,
desvelar tu nombre,
contemplar tu nombre,
bendecir tu nombre,
vivir tu nombre.

Y quiero que me dejes,
después,
estar en silencio
a tus pies,
vacío y libre,
para que tu nombre
llene todo mi ser.

LAS AGUAS QUE CUENTAN LO QUE SOMOS (Lc. 3,21-22)

Sucedió a orillas del Jordán. Un río sagrado que recordaba a Israel la necesidad de renovarse por dentro. Aquel río arrastraba la corriente de una historia que Dios trabó con su pueblo desde muy atrás. En sus aguas latían todavía melodías que hablaban de cantos de liberación, del sueño de todo un pueblo. Aguas cargadas de esperanza pero también en esas mismas aguas flotaba la experiencia de un pueblo “de dura cerviz”, propenso a la construcción de ídolos y de “aljibes rotos”, tristes compensaciones del amor desmesurado de Dios.

A esas aguas acude Jesús como uno más. ¡Tan acompañado y tan solo al mismo tiempo! ¡Tan como los demás y tan único! Y “mientras oraba” (mientras hacía de su corazón tierra porosa, cántaro abierto de par en par) “se abrió el cielo”. En realidad lo que se abrió fue el corazón del Padre. Y con él, todo el torrente infinito de su amor y de su gracia.

¿Qué pasó realmente en el Jordán? No lo sabemos. Una vez más, y afortunadamente, el evangelio es muy sobrio, incluso en los acontecimientos más extraordinarios, como éste del Jordán. Por eso no se cuentan experiencias deslumbrantes, aparatosas, fenómenos cósmicos... no hay aparato escénico grandioso. Tan solo se dice que “el espíritu bajó, descendió suavemente, como cuando se posa en el suelo una paloma”. Suave, como la brisa que trajo la presencia de dios al profeta Elías. No estaba en el rayo, no estaba en la tempestad, estaba en la brisa suave.

¿Qué pasó realmente en el Jordán? Apenas sabemos nada. Sólo que Jesús ya no fue el mismo a partir de este momento. Algo radicalmente nuevo sucedió en su vida. No sabemos apenas nada... salvo la voz. Sí, esa voz poderosa y entrañable hasta hacernos temblar de emoción por dentro. Esa voz que reconstruye hasta las fibras más recónditas del alma. Esa voz que ya se te graba en corazón para toda tu vida. Una voz, la del Padre, que desciende sobre Jesús como una cascada infinita y pronuncia esas palabras inolvidables, grabadas a fuego: “¡Tú, Jesús, eres mi hijo amado, buscado, querido, elegido! ¡En ti encuentro mi alegría, en ti me complazco, en ti me reconozco absolutamente! El torrente de esa voz de Abba se le metió a Jesús en las entrañas para siempre. Ya no dejó de escucharlo. Ni aún en los peores momentos.

Entonces descubrió no sólo que su corazón tenía fuente, una única fuente, su Abba, su único alimento, su única bebida, su única pasión. Sino que a Él mismo se le dio el convertirse en el “manantial de esa agua que salta para la vida eterna”. Él mismo será ya para siempre y para todos nosotros la fuente a la que acudir.

¿Qué pasó en el Jordán? No lo sabemos porque pertenece al misterio entre el Padre y el Hijo en la complicidad el Espíritu. Pero sí podemos beber en ese manantial en mismísimo agua de Dios. El agua que sacia esa sed de la que venimos hablando estos días.

Y luego la voz, aquella voz. En realidad nos vamos haciendo con las voces que otros pronuncian sobre nosotros. Si de pequeños las voces que hemos oído son “tú no vales, tú no puedes, tú no sabes...” esas voces se nos irán metiendo en las zonas más hondas de nuestra identidad. Si las voces que escuchamos son como las que Jesús oyó en el Jordán entonces nuestra vida se llena de confianza, de cariño, de consistencia. Aquellas aguas del Jordán son las aguas que hoy, como un nuevo bautismo, se derraman sobre nosotros: “Tú eres mi hijo amado. Serás muchas cosas, pero lo que más eres es esto. Lo que más belleza y dignidad te confiere es esta identidad recibida”. Esta agua es capaz de aclarar, de limpiar todas las otras aguas turbias que cualquiera (incluso tú mismo) hayas podido pronunciar sobre ti mismo.

Hay aguas que cuentan lo que somos, lo que más somos. Y hay voces que se escuchan sobreponiéndose a todas las otras voces discordantes, voces de infravaloración o de tonto orgullo. Hay voces que nos llenan de dignidad, “en ningún lugar somos más hermosos como en el corazón de quien pronuncia nuestros nombres con cariño”. Esa voz, como la que escuchó Jesús en el Jordán, nos vuelve a recordar que somos hijos e hijas buscados, queridos, anhelados, sostenidos y cuidados. Hijos e hijas en los que Dios encuentra su alegría y su contento. Y lo somos así del todo y para siempre. Nada ni nadie puede borrarlos esto.

Y para nosotros la buena noticia es tener un Padre/Madre así. Un Padre que no deja nunca de salir a buscarnos. Que no deja de entregarnos su confianza. Que va a ser fiel a nosotros hasta el final, pase lo que nos pase.

Todo esto nos parecería un sueño demasiado bonito pero muy poco real, si no lo hubiéramos visto en Jesús. Jesús, durante toda su vida llevó en el corazón el eco inextinguible de esa voz que escuchó en las aguas del Jordán. Esa fue la melodía que resonó en los oídos de su corazón, incluso en los momentos donde el silencio se le hizo más atroz y los gritos e insultos lo invadieron todo. A esa voz tendrá que volver en los momentos de duda. Como nosotros. Y esa voz acudirá de nuevo fiel a sus oídos, a su corazón y a su vida.

Aquel día, en el Jordán, parece que no pasó nada especial, pero algo radicalmente nuevo se puso en marcha. Para bien de Jesús, para bien nuestro y para bien de este mundo.